Fernán Gómez:
un cómico en la Academia

Eduardo Haro Tecglen

Vuelve a vestir el frac, esta vez con una insólita corbata negra, como requiere la anomalía académica, como si aún estos "hombres de letras" consagrados contra el olvido –los inmortales– quisieran mantener una pequeña extravagancia indumentaria, un detalle de su diferencia con la gran sociedad. Lo vestirá como siempre: elegante y altivo como un cómico haciendo de marqués, o como un marqués haciendo de cómico, que de todo hubo en su vida. Y será su gran voz la que leerá el discurso de ingreso: su voz educada por la escuela de las viejas y polvorientas tablas de la Comedia, y por la academia anarquista donde le enseñaba Carmen Seco; y por su madre, actriz de baúles por América, en las muchas cosas de Álvarez de Castro –se mudaban sin salir de su calle: un "viaje a ninguna parte", como titularía él muchos años después otra historia–, donde se le mezclaba un acento madrileño que aún resuena algo, que aún reconocemos los más viejos de la localidad, y hasta sentimos un final de palabras más lento que el principio, una resonancia de consonantes, que eran las de Chamberí. Es decir, que es un cómico el que entra en la Academia. El primero. Aunque Fernando Fernán Gómez en ella entre disfrazado de otra cosa: de escritor, de autor.

De gran autor: una obra maestra como *Las bicicletas son para el verano,* de guerra y también de Chamberí, un sainete doloroso de derrotado, puede estar junto a otra que pasó inadvertida. *Los viernes, bacanal,* con un fino juego de tiempos y un cruce de personajes y de identidades, de trampas y de sinceridades; o una historia renacentista, *La coartada,* donde los históricos Borgias juegan al azar y a la necesidad. Decir que un autor, incluso un gran autor, no tiene suerte en el teatro, es un hecho cotidiano. Ya nadie tiene suerte en el teatro. A *Las bicicletas* le cayó encima un director afinado para otras cosas, que no amó el texto ni al reparto necesario, y un montaje caro, y un teatro nacional que tenía encima el absurdo de la programación a fecha fija sin tener en cuenta el éxito o el fracaso, y con una imposibilidad en convertirlo en comercial; y murió en escena antes de tiempo, aunque se prolongara años y años en la edición escrita. La *bacanal* resultó incomprensible para los mismos chamberileros en el teatro Maravillas, en el sudoroso agosto: salían del teatro diciendo "no entiendo nada", y no entendían un exceso de sutileza que quizá en otro escenario hubiera perdurado. Quiero decir en Londres, o en Nueva York.

Otras obras de Fenando fueron también quemadas en un "verano de la villa", cuando la gente se sentaba en sillas metálicas caldeadas por el sol de todo el día, mientras se escuchaban mezclados con la palabra y a veces el verso las sirenas de las ambulancias, los televisores que gritaban desde las ventanas y los llantos interminables de los niños que empiezan a darse cuenta de lo que es de verdad la vida. Mejor el útero, mejor la nada.

Quizá la condición de actor, y repito la palabra cómico porque él la asume por encima de todos, se haya llevado la calidad de autor de Fernán Gómez: ahora es mas difícil, que cuando Lope de Rueda, cuando Shakespeare o cuando Molière. Quede arropado en el gran escenario de la Academia; quede él glorificando tantas nulidades como pasaron por allá, y glorificado por tantas genialidades que también pudieron asomar. ■

Esta revista ha sido editada por la AAT con la ayuda de:

MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y la Música

Comunidad de Madrid
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN Y CULTURA
Centro de Estudios y Actividades Culturales